

ASPECTOS IRREPARABLES DE LA PÉRDIDA. APROXIMACIÓN PSICOANALÍTICA

Por: José Andrade Salazar¹

Recibido el 30 de junio de 2012 aceptado 10 de septiembre de 2012

Resumen:

El conflicto armado Colombiano y el elevado nivel de impunidad (ONU, 2011) ligado a las prácticas de lesa humanidad perpetradas por sus diversos actores sociales deteriora en todo sentido la calidad y expectativa de vida de las víctimas reales y potenciales; históricamente sus móviles internos se han dirigido a la instauración de un sistema (RCAA) de represión-coerción-alienación que propende por la anulación de la memoria colectiva-social, lo cual paulatinamente ha mantenido en el letargo los ideales alternativos de organización sociopolítica de algunos grupos, sino los ha silenciado tajantemente a través de la anulación sistemática, ergo también se coarta históricamente la posibilidad de muchos colectivos de luchar por la reivindicación de sus derechos ciudadanos.

Palabras clave: conflicto armado, eliminación del Otro, prácticas de eliminación, Paz.

Abstract:

The Colombian armed conflict and the high level of impunity (UN, 2011) linked to practices against humanity perpetrated by social actors in every way impairs the quality and life expectancy of actual and potential victims; historically their internal mobile have led to the establishment of a system (RCAA) of repression-coercion-alienation that aims for the annulment of the social collective memory, which gradually has remained in lethargy alternative ideals of socio-political organization of some groups, but those have strongly silenced through systematic cancellation, ergo historically also restricts the ability of many groups to fight for their civil rights claim.

Keywords: armed conflict, removal of the other, disposal practices, Peace.

1. Docente investigador Universidad de San Buenaventura Ibagué. Facultad de Psicología. 911psicologia@gmail.com

Abrid algunos cadáveres: Veréis desaparecer en seguida la oscuridad que la observación sola no había podido disipar, la noche viva se disipa con la claridad de la muerte” (Foucault, M. 2001, p.209).

La Violencia se constituye por desplazamiento sucesivo de *la diversidad de agentes asesinos y sus praxis* en un Otro configurado a modo de fetiche, el cual encarna bajo una categoría sustitutiva la multiplicidad de prácticas de eliminación adscritas a la exacerbación del conflicto armado.

Dicha condición parte de la necesidad de dejar una huella terrorista de tipo trascendente y heredable en las próximas generaciones; por lo que la violencia emerge a modo de estigma lo que sugestiona el accionar de las víctimas y su posibilidad de poner en palabras un síntoma que se dinamiza y apuntala en cada encuentro social, lo anterior delata el hecho de que la falta de abordaje metasintomático genera una suerte de superposiciones del dolor y miedo que emergen en los territorios mentales y físicos del trauma por efecto de la repetición de los hechos o la semejanza de eventos en nuevos escenarios de relación (sitios de asentamiento).

La Violencia se constituye por desplazamiento sucesivo de la diversidad de agentes asesinos y sus praxis en un Otro configurado a modo de fetiche, el cual encarna bajo una categoría sustitutiva la multiplicidad de prácticas de eliminación adscritas a la exacerbación del conflicto armado.

Así la nueva memoria de la guerra se instala en la psique y el cuerpo, en la mirada, en el lenguaje y en el encuentro de aquellos que escapan y quedan vivos “para contar los hechos”, creándose colectividades resistentes a la confrontación de su memoria dolorosa, resilientes frente a las nuevas formas de dominación legitimada y los nuevos ordenamientos biogeopolíticos, en el caso de los desplazamientos Carmen Eugenia Cobo (2012) afirma que como fruto de la tensión entre los sujetos con el entorno y de ello consigo mismos aparece “un nuevo lugar de exclusiones y desplazamientos que no son siempre cuestiones de un territorio que se desocupa sino de un lugar que no puede ser ocupado” (p. 18) por lo que no es el hecho de reubicarse o de olvidar forzosamente lo que genera las deficiencias de asimilación de otras formas del convivir, sino la condición de vulnerabilidad manifiesta en

la imposibilidad de hacerlo, puesto que cuando se reproduce en el lenguaje de exclusión social las condiciones del no-lugar, es decir, la indeterminación constante, tiende a apuntalar la lógica de un ordenamiento sociopolítico que no promueve la inclusión de otros

discursos ni el relevo generacional de sus estructuras hegemónicas.

Para Zuleta (1992) el grado que ha alcanzado la violencia en Colombia es tan visible que “el número de asesinatos de toda índole, de desapariciones, secuestros, extorsiones, supera en proporciones abrumadoras a lo que pueda ocurrir en otro país” (p. 112) así tanto el secuestro, como la extorsión, desapariciones, torturas o amenazas son un forma de violencia que infortunadamente se torna cada vez más característica de la dinámica del conflicto sociopolítico en el país (Zuleta, E. et al, 1992), situación que se ve reforzada por la capacidad movilizadora de los MASS MEDIA (a menudo negativa) y el uso inadecuado de la información por parte de quienes tienen el poder manejar la voz política de los sucesos sociales. Uno de los efectos de esta influencia es

el “entumecimiento frente a conflicto o el síndrome de no hacer nada” al cual se llega cuando se ha generado un cierto modo de entender el fetiche de la violencia como una potencialidad (externa, adjudicable a otros “víctimas y victimarios”) que se teme constantemente y que solo se advierte una vez se acerca por lo

que la sociedad viviría en una especie de “paranoia a baja escala” de la que es posible escapar a través de la evitación de su análisis, o en general con la ayuda de medios audiovisuales mediáticos, el consumo de SPA, religiosidad, el aislamiento (hikikomoris) etc., los cuales actuarían como dispositivos de control social.

Lo anterior es evidente en la apatía de algunos colectivos frente a los actos de lesa humanidad y especialmente en el rechazo frente a las víctimas consideradas “representantes del conflicto” más que “víctimas mayoritarias” de la necesidad de poder y reivindicación política de quienes se disputan el sacrosanto poder del tánatos; este salto de víctima a representante demarca el paso de un estado de proyección del temor a ser tocado por la vio-

Lo anterior es evidente en la apatía de algunos colectivos frente a los actos de lesa humanidad y especialmente en el rechazo frente a las víctimas consideradas “representantes del conflicto” más que “víctimas mayoritarias” de la necesidad de poder y reivindicación política de quienes se disputan el sacrosanto poder del tánatos.

lencia, al tiempo que evidencia la fragilidad del sistema de creencias y la potencialidad del estado para definir en términos de concreción el legítimo derecho de diseminar su ideología. De acuerdo con Willian Ospina (1996) “Lo que vivimos es el desencadenamiento de numerosos problemas represados que nuestra sociedad nunca afrontó con valentía y con sensatez; y la historia no permite que las injusticias desaparezcan por el hecho que no las resolvamos” (p.11), lo que atañe a la idea de una prolongación de la impunidad y con ella de los actos de lesa humanidad propios de un sistema político inoperable para la diversidad del pensamiento humano en el que priman las castas, el mayorazgo, la ética del servilismo político, y una actualización del caudillaje a ultranza en un entorno heteronómico.

Para Veena Das & Poole (2008) las reformas políticas a través de sus formas de regulación y pertenencia propias del estado-nación moderno no se debilitan aun con los errores que comete, pues las prácticas y políticas de vida en estas áreas moldean dinámicamente las prácticas políticas de regulación y disciplinamiento que constituyen aquello que es posible denominar “el

estado”, *grosso modo* no se trata de una destrucción del estado como lo conocemos sino de la resignificación del modo como instituye lo sano y lo enfermo, lo vivo y lo muerto, a través de la renuncia a la condición de efectividad en el campo de la interacción humana, así “tal vez nuestra gran tragedia actual es que no tenemos un proyecto de país” (Maturana, H. 1990) y ello conlleva a que en la organización intrapsíquica de las personas vulneradas en sus DD HH, aquellas fronteras del sí-mismo y de la madre (sentido de proyección, amparo y retorno a la seguridad biológica-natural) indispensables para establecer una relación dialógica con el otro, dejen de encontrarse y se separen cada vez más a medida que la ausencia de aquellas personas indispensables para consolidar el vínculo y el principio de realidad se

hace permanente. Como consecuencia el ajuste a las contingencias vitales, con el que cada persona da cuenta de lo real y de la realidad se disocia, generando una especie de “hambre de afecto” (Levy, 1938) que motiva la búsqueda insaciable de gratificación y satisfacción sustitutas del objeto perdido (esta falta es llenada por el estado parcialmente, paliativamente).

Se debe tomar en cuenta que la lógica de los objetos perdidos insta una incertidumbre en los sujetos que los lleva a buscar adherirse a un lugar posible en el plano físico-material aunque en realidad de acuerdo con Foucault (2001) el único lugar posible de reparación de la enfermedad social, es ciertamente el medio natural de la vida social y la familia, por lo que el dolor de las víctimas debe reconstituirse en el lugar de reconocimiento de las vinculaciones, es decir en un núcleo familiar y social que brinde sostén y apoyo como dispositivos para la reconstitución del tejido

social vinculante; para Maturana (1990) la objetividad puede determinarse a partir de las consideraciones de la realidad que evalúa y una de ellas tiene que ver con la posibilidad del

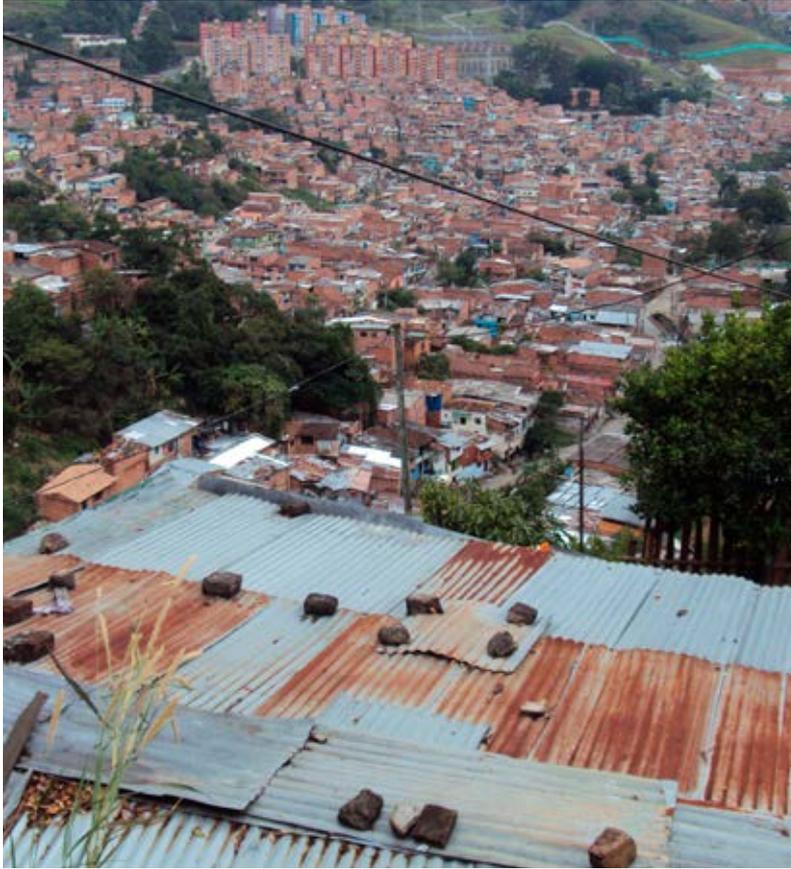


observador de entender sus propias dinámicas (objetividad con paréntesis) así los planteamientos políticos y religiosos se hacen desde la objetividad sin paréntesis, es decir a modo de dominios reveladores de una realidad autónoma al observador, “por esto las discrepancias

políticas y religiosas desde la objetividad sin paréntesis son eternas y no tienen solución, y si se acaban es por la conversión o desaparición de una de las partes” (p.68), mientras las objetividades comunitarias que se estructuran, cuestionan y subsanan en el tejido social encuentran en el diálogo una vía de aproximación al sentido biopsicosocial del síntoma, por lo que sus revelaciones pasan del intento asistencialista a la praxis (de)constructiva y con ello a la reformulación de lo inefable, es decir a la condición irreparable de la pérdida, situación dable a través del ejercicio de la palabra en un lenguaje que abrace indistintamente las dinámicas

intersubjetivas del colectivo vulnerado.

Lo anterior es posible gracias a que “las palabras son nodos en redes de coordinación de acciones, no representantes abstracto de una realidad independiente de nuestro queha-



cer” (Maturana, H. 1990, p.87), *grosso modo* en cuanto campo de acción la salud mental en los casos de vulneración de los derechos debe abandonar las ideas esquemáticas respecto a la estereotipia del quehacer humano frente a los eventos adversos (Avia & Vázquez, 1998), dejando de la lado la noción de existencia de cierta “respuesta unidimensional” generalizada y “generalizable” en las personas que sufren eventos de gran escala a nivel traumáticos (Bonanno, 2004), ya que la ex-

perimentación de dichas condiciones deviene de un surtido individual de experiencias y posiciones respecto al impacto, lo social, el fenómeno las creencias, imaginarios entre otros aspectos, considerando estos argumentos la desaparición forzada impacta a algo más que a la familia vulnerada, impacta al tejido social, pues modifica el modo como las comunidad se relación y dan cuenta del mundo, al tiempo que muestra la dinámica del funcionamiento perverso de las instituciones

políticas y sus diversos modos de dar continuidad a la enajenación mental, y psicosocial de un colectivo.

Referencias bibliográficas:

- Avia, MD. & Vázquez, C. (1999) Optimismo Inteligente. Madrid, Alianza Editorial.
- Bonanno, G.A. (2004) Loss, trauma and human resilience: Have we underestimated the human capacity to thrive after extremely aversive events? *American Psychologist*, 59(1): 20-28.
- Das, V. Poole, D. (2008). El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas Cuadernos de Antropología Social Nº 27, pp. 19-52, 2008. UBA.
- Das, Veena. 1997. “Language and Body: transactions in the construction of pain”, en Arthur Kleinman, Veena Das y Margaret Lock (eds.), *Social Suffering*. 67-91. Berkeley, University of California Press.
- Das. V. (2008). *Sujetos del dolor, Agentes de Dignidad*. Universidad Javeriana.
- Foucault, M. (2001). *El nacimiento de la clínica, una arqueología de la menda medicina*. Editorial siglo XXI s.a. Mexico D.F.
- Maturana, H. (1990). *Emociones y lenguaje en educación y política*. Ediciones Pedagógicas Chilenas S. A, Chile.
- Organización de las Naciones Unidas, Informe de la Alta Comisionada para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas sobre la Situación en Colombia, doc. A/HRC/16/22, febrero de 2011, párr. 54.
- Ospina, W. (1996). ¿Dónde está la franja amarilla?
- Zuleta, E. (1992). *Colombia violencia, democracia y Derechos Humanos*. Bogotá Colombia, Editorial: Hombre Nuevo Editores.